

Juan Antonio Icardo
Crítico literario y traductor



Un buen día el profesor –hoy emérito– D. Antonio Melero, que me había enseñado griego en la Facultad y Grecia sobre el terreno, me dijo: «Como a ti te gustan los caballos, creo que podría interesarte ésto», y me tendió dos volúmenes. Añadió, con aire inocente, que recogían la obra de siete hipiatras –o sea, veterinarios de caballos– bizantinos y que aquellos textos fueron durante siglos, el *top* de la hipiatría.

Como yo no soy veterinario y la mayor parte mayor parte de la obra, escrita en griego antiguo, no había sido traducida al español, la empresa me pareció desmesurada. Pero me armé de curiosidad y de paciencia filológicas y me puse manos a la obra: ventajas de la jubilación, que le permite a uno adentrarse por caminos por los que en otras circunstancias, no hubiera dado ni un paso.

A medida que avanzaba, la traducción iba produciendo *efectos colaterales*. Lo estrictamente veterinario daba paso a la botánica y la farmacopea; había noticias sobre campamentos de legiones romanas y sobre antiguos pueblos eslavos del delta del Danubio. Incluso tropecé con Ovidio y el viaje de los Argonautas. Y con la magia y el sincretismo religioso. Había, en definitiva, donde elegir tema para varias tesis doctorales. Y motivos para llamar la atención sobre una obra que merece, sin duda, atención académica. Pero que puede interesar a muy diverso personal: filólogos y veterinarios, desde luego, pero también aficionados a la historia y a las películas de romanos, por ejemplo: a cada cual *según su naturaleza*. En todo caso, confío merezca la atención de los amantes de los caballos, puesto que ellos, los caballos, son sus auténticos protagonistas.

Tres escenarios de caballos bizantinos

El Imperio Romano estuvo aquejado de una auténtica *hipodromomanía*. Las carreras de carros, que todos conocemos gracias a las magníficas versiones cinematográficas de *Ben-Hur*, despertaron pasión durante siglos. Una ciudad de cierta importancia, en cualquier lugar del Imperio, contaba con su circo, a veces de dimensiones colosales. El Circo Máximo de Roma, en su momento de mayor esplendor, tenía una arena de 600 metros de largo, 200 de ancho y un aforo calculado para más de 250.000 espectadores. El de la Valencia romana se alargaba unos 350 metros, con una amplitud de 70, en el eje de lo que hoy es la calle Trinquete de Caballeros, desde la actual calle de la Paz a la del Almirante: quedan restos arqueológicos en el recinto de San Juan del Hospital.

Se puede establecer un paralelismo entre la afición al fútbol actual y los juegos del circo romano, pero hay que llevar cuidado. Es verdad que en ambos casos se trata de fenómenos de masas capaces de levantar grandes pasiones. Pero en Roma los *ludi circenses* cumplían, además, una función pública, casi religiosa, y eran una grandiosa puesta en escena de la vida social. Se iba a los juegos a disfrutar de las carreras, a apostar, a enardecerse. Pero también a ver y a dejarse ver. En Roma, el Emperador solía estar presente y compartía con sus súbditos, quizás como en ninguna otra parte, su *románidad*, el orgullo de sentirse romanos. Y en las provincias presidía el espectáculo la máxima autoridad, que representaba al Emperador. El poder se legitimaba en aquellos baños de masas y el pueblo percibía el amor y la protección de sus líderes, que le ofrecían y compartían con él aquellas fiestas magníficas.

El patrocinio de los juegos llegó a estar escrupulosamente regulado. Era un mecenazgo impuesto a determinados cargos públicos con motivo de su toma de posesión, aunque el Emperador se reservaba para sí la organización de alguno de ellos. Determinados funcionarios llegaron a no tener, en la práctica, otra función que organizar las carreras de cuadrigas que cele-

Juan Antonio Icardo, filólogo clásico y gran aficionado a los caballos se aventuró a traducir algunos textos griegos contenidos en tratados de veterinaria equina de Bizancio. La tarea, que empezó siendo académica, terminó en una fascinante introducción al mundo de los caballos en el antiguo Imperio Romano de Oriente, donde las carreras en el hipódromo desataban las mismas pasiones sino más que en la actualidad puede provocar el fútbol o los concursos televisivos.



de **caballos,** **códices y veterinarios**

braban su llegada al cargo: el pueblo juzgaría su actuación pública a la vista de la magnificencia del espectáculo. Por eso los candidatos echaban mano de toda su fortuna para conseguir excepcionales caballos, lujosos arreos y aurigas famosos, que cobraban muy bien sus servicios. El recién nombrado tenía que superar los juegos de su antecesor. Y estar a la altura de lo que podía esperarse del patrimonio de su familia, aunque se arruinara. Lo vemos, por ejemplo, en el testimonio excepcional de Simaco, un ex cónsul que, para preparar la *questura* de su hijo, se hizo traer de Hispania los troncos para sus cuadrigas. Porque de Hispania procedían los caballos más espectaculares y veloces. Y, costara lo que costara, tenían que correr para él.

El servicio imperial de postas –*cursus publicus*– era otro espacio socio económico en que los caballos cumplían una función esencial. Constituía un sistema de estaciones de relevo de caballerías, distribuidas a intervalos regulares a lo largo de las principales calzadas del Imperio. Cada estación ofrecía alojamiento a los viajeros oficiales, mantenimiento de carruajes, caballos de silla y de carga, bueyes y mulas de tiro. Disponía de hasta cuarenta animales y de personal especializado: mozos de cuadra, carpinteros, guarnicioneros y veterinarios. Un correo ligero de equipaje podía recorrer, seleccionando las monturas, 160 kilómetros en un día, cuando en la época, el recorrido normal de una jornada se estimaba en 30 kilómetros.

La distancia entre postas varía según la época. Edward Gibbon –autor de una monumental historia de la decadencia romana– indica que en los momentos de mayor auge, las separaban unos 8 o 10 kilómetros. Pero Justiniano, en el siglo vi, redujo el servicio a lo mínimo, limitándolo a las principales rutas y alejando las estaciones entre sí al equivalente de



una jornada de viaje. Esto ocasionó, por cierto, graves perjuicios en las economías locales, que suministraban forraje a las bestias y alimentos y servicios a los viajeros. Además del desarraigo del personal adscrito, quienes, esclavos o libres, tenían asegurados manutención, cobijo y vestido, en las postas.

Y por último, el tercer gran espacio ecuestre eran los ejércitos imperiales, que utilizaban una importante caballería y requerían una cabaña de équidos que permitiera su constante renovación. En la Antigüedad y hasta principios del siglo XX, los caballos eran material estratégico. Y aunque el ejército romano solía valerse de tropas auxiliares para su caballería, los historiadores hacen referencia a hospitales veterinarios en los campamentos militares. En este contexto *veterinarium* designaba el sector reservado a los animales de carga o *veterinae*, concentradas en la zona menos accesible a los proyectiles enemigos. Y los reglamentos militares incluían a los *veterinari* entre el personal exento de servicios ordinarios (*immunes*).

Códices

Los tratados hipiátricos constituían un valioso instrumento para el cuidado de los animales. Se llegó a decretar que las postas dispusieran de lo que hoy llamaríamos «manuales veterinarios de primeros auxilios»: resúmenes de obras más amplias, que circularían también por las cuadras legionarias y en los hipódromos. Aquellos códices recogían la tradición hipiátrica helénica, pero también la púnica de Magón el Cartaginés. La obra de éste era tan apreciada, que había sobrevivido a la destrucción de Cartago, porque el Senado romano ordenó su traducción al latín. Por una vez, un libro es noticia por salvarse de la hoguera, no por haber sido arrojado a ella, como es históricamente habitual. Y fue precisamente un tratado veterinario el que mereció esta gloria.

Y ya en el siglo V d.C. encontramos al autor anónimo de la compilación de textos que hoy nos ocupa. Seguramente fue un particular, veterinario o no, vinculado al mundo de los caballos. Alguien que además de un interés intrínseco, vio una oportunidad de negocio y arriesgó su tiempo y su dinero en aquella edición. Hizo un excelente trabajo desde el punto de vista técnico: seleccionó la obra de los considerados siete mejores hipiatras griegos, los siete «magníficos», y ordenó los textos para facilitar su manejo, con vocación enciclopédica. Fue obra de con-

sulta obligada durante siglos, que se copió, resumió y enmendó muchas veces, con mayor o menor acierto.

Alguno de aquellos códices, copias más o menos fieles del original perdido, son los que recoge la edición que me ofreció en su día el profesor Melero. Que se titula –a estas alturas ya puedo decirlo sin asustar al lector– *Corpus hippiatricorum graecorum* –en adelante CHG–, considerada hoy la aportación más importante para el estudio de la veterinaria antigua. A la memoria de cuyos editores, E. Oder y K. Hoppe, pretendo rendir con estas líneas mi modesto homenaje.

Dentro del CHG, Apsirto es el autor que realiza la mayor aportación de textos: 372 de los 1.223 que se recopilan. En su mayor parte, se trata de cartas, en cada una de las cuales trata de un solo tema, con gran variedad de contenidos. El volumen y la variedad de su obra justificarían por sí su elección como representante de los hipiatras griegos. Pero además, sus cartas nos facilitan algunos datos de su biografía y de su entorno, cosa infrecuente en autores de carácter técnico. Esta circunstancia nos permite aproximarnos, no ya a la veterinaria antigua –lo que sería suficiente– sino también al mundo geográfico y social de un antiguo veterinario, lo que confiere a estas cartas un interés añadido.

Apsirto y algún efecto colateral

Sabemos, según sus propias manifestaciones, que Apsirto conoció los trastornos que sufren los caballos «mientras servía en las legiones destacadas en el río Danubio» (CHG I, p.1). Era, por tanto, un veterinario militar que prestó servicios en alguno de los destacamentos de la frontera danubiana. No da más detalles, ni del cuerpo en que sirvió, ni de su rango, ni de su patria de origen. Las fuentes antiguas lo consideraban oriundo de Prusa (Bitinia) o de Nicomedia (actual Izmit) y fechaban su actividad en torno a los años de las campañas de Constantino el Grande en el Danubio (332-334 d.C.). Pero investigaciones modernas sitúan su actividad entre 150 y 250 d.C.

Respecto a su patria de origen, sí me voy a permitir extenderme un poco, porque éste es uno de esos *efectos laterales* a los que me referí al principio... Al sur del delta del Danubio, a orillas del Mar Negro, se encontraba la ciudad de Tomos –hoy Constanza. En su origen fue una colonia griega de Mileto y más tarde acamparon allí las legiones ro-

manas que controlaban la frontera con los pueblos eslavos del Danubio. Sármatas y getas poseían una gran cultura ecuestre, que Apsirto conoció y asimiló, según su propia manifestación. Pero Tomos no ha pasado a la historia por su tradición hipiátrica, sino por ser el lugar de destierro del poeta Ovidio, que valoraba de muy otra manera aquellos territorios: «un horrible país, en medio de los sármatas y de los getas», escribe en *Tristes*. Para un romano de Roma, enviar a alguien *in geticos sarmaticosque* o sea, a los getas y sármatas, equivalía a enviarlo al fin del mundo. Y allí, en el fin del mundo, se sentía Ovidio. Que quizás exagerando un poco, describe del modo siguiente el clima invernal y al paisanaje de la región: «La nieve cubre la tierra y cuando la primera aún no se ha derretido,

cae otra y en algunos lugares suele durar dos años. Y es tanta la fuerza del viento Aquilón (viento del Norte) que derriba altas torres y se lleva por delante los tejados arrancándolos. Con pieles y calzones cosidos por abajo evitan los perjudiciales fríos, y de todo su cuerpo lo único que queda visible es el rostro. A veces sus cabellos, al sacudírselos, suenan por el hielo que pende de ellos y la barba brilla resplandeciente a causa del hielo... El mismo Histro (el Danubio) se hiela y por donde antes habían pasado embarcaciones se va ahora a pie y el casco del caballo golpea las aguas congeladas y los bueyes sármatas tiran de bárbaras carretas.» (*Tristes III*, 10; traducción de José González Vázquez).

Y si el paisaje de Tomos era inhóspito y la vecindad de los nativos poco agradable, la historia que la ciudad arrastraba en su nombre, se las traía. Porque *tómos* es palabra griega que equivale a *trozo cortado*, *porción*. Y Ovidio recuerda que allí Medea, la famosa maga, no encontró mejor medio para retrasar la marcha de su padre –que la perseguía en su huida con Jasón–, que asesinar, descuartizar y esconder los pedazos de su hermano menor. Que se llamaba Apsirto, como nuestro buen veterinario.

Estoy seguro de que la opinión etimológica de Ovidio carece de rigor científico con nuestros actuales criterios. Pero eso no impide que en la antigüedad esta explicación pudiera tener fortuna. Y que en tiempos de Ovidio y algunos siglos después, *Tomos* escondiera los *pedazos* de Apsirto. Esto convertiría la ciudad en escala de la nave Argos y escenario del terrible fratricidio. Lo que no dejaría de darle lustre. Me inclino a pensar que el nombre de Apsirto y el hecho de que cinco de los destinatarios de sus cartas se localicen en Tomos, acreditan una especial vinculación del hipiatra con la ciudad. Antioquía, por ejemplo, cuenta en el epistolario con igual número de corresponsales, pero llegó a tener cerca de un millón de habitantes. A Tomos, demográficamente, no le correspondía tal «densidad postal». Que fuera o no la patria de origen de Apsirto, no hay prueba que lo demuestre. Tampoco tiene mayor importancia. Pero no he podido resistir la tentación de recordar a Ovidio: que vivió allí sus más tristes días. Y allí descansa.



Los grandes cargos bizantinos echaban mano de toda su fortuna para conseguir los mejores caballos, lujosos arreos y aurigas famosos que cobraban grandes sumas

Sobre las características de los caballos

Apsirto *

[...] Para tu mejor preparación en la cría y el entrenamiento de caballos, es necesario que conozcas también sus razas.

Los Partos son fuertes y de gran alzada, fogosos, con estampa de buena raza. Y destacan especialmente por sus pies. Los Medos sobresalen por la alzada. Los Armenios y Capadocios tienen sangre parta, pero son demasiado pesados de cabeza.

Los Hispanos son poderosos, de armoniosa constitución corporal: dorsos rectos, hermosas cabezas, lomos acanalados, recortados, pero no de buenas ancas; resistentes en los viajes, no acusan la fatiga y son muy valientes. Pero en la monta no galopan sin ser espoleados. Muestran buen carácter desde el nacimiento hasta la doma, pero el resto del tiempo son broncos y mordedores.

Los Helenos tienen buenos remos, gran alzada, hermosa cabeza, el tercio anterior recto y bien proporcionado, no buenas ancas, pero son fogosos y galopadores. Y de toda la Hélade destacan los Tesalios.

Los Epirotas son broncos y mordedores. Los Tracios son feos y deformes, poco flexibles, con dorsos en declive, lomos encorvados, cuellos delgados, patizambos y torpes de movimientos. Pero aún así compiten en el hipódromo.

Los Cirenaicos son de gran alzada y tienen los flancos remetidos y cortos, lo que los hace galopadores; de buenos remos y muy dotados para el esfuero en la equitación.

Los Histrios tienen buenos remos y gran alzada; son de fea conformación corporal y lomos ligados y hundidos, pero galopadores y vigorosos.

La raza Sármatas no es desagradable, sino por el contrario una raza particularmente armoniosa y galopadora; es franca, de hermosa cabeza, cuello bien insertado, de gran alzada y buena encarnadura acorde con la edad.

Los Argólidas tienen buenos remos, pero no buenas ancas, hermosa cabeza, lomos ligados y hundidos, gran alzada y dorso corto.

Los mejores de todos son los que muestran crecimiento mayor de la punta de unión de las espaldas, pues son seguros para el jinete y tienen las espaldas más fuertes que los otros. Es mejor no adquirir los que se sabe que son, por naturaleza, asustadizos y muy temerosos.

* Fragmento de una de las cartas de Apsirto el veterinario, traducida al castellano por primera vez. Desde la antigüedad se conviene en que la belleza del caballo reside en su cabeza y Apsirto resalta esta característica en las razas que la poseen. No describe el canon, pero rechaza por defectuosas las cabezas pesadas. Jenofonte exigía que la cabeza fuese... huesuda, pero que tenga las mejillas pequeñas. Algunos autores consideran que el modelo ideal se encontraba en las cabezas del caballo árabe.

► PASIÓN EN EL HIPÓDROMO bizantino.

1 Mosaico de Mérida con una cuádriga del equipo azul. 2 Auriga azul. 3 Caballos árabes. 4 Jinete íbero (Los Villares, Albacete). 5 Figuración de una carrera de cuádrigas en el Circo Máximo, del pintor Ulpiano Checa para la *Encyclopaedia Britannica*. 6 Recreación de la Constantinopla romana del siglo IV, por Antoine Helbert.

7 Los caballos de bronce de San Marcos en Venecia, presidieron el circo de Constantinopla hasta que fueron saqueados por los venecianos. 8 Escita trabando un caballo.



7